

## EL ARTE FRANCÉS EN SAN SEBASTIAN



### LA EXPOSICIÓN «DEROULEDE»

Es más que una novedad; es un acontecimiento que la ciudad de San Sebastián debe mirar agradecida la exposición Deroulede, corn-puesta de trabajos de grandes pintores franceses, que de manera tan elocuente han demostrado su adhesión hácia el ilustre nacionalista ex-patriado que reside entre nosotros.

Nos toca admirar á la vez la cortesía de esa personalidad de la re-pública vecina, que de tal manera brinda poniendo á nuestra disposi-ción esas brillantes muestras del arte contemporáneo de su nación, pues además de celebrar con entusiasmo exposición tan eminente-mente notable, nos sirve, de paso, como estudio provechoso que ha de ilustrar á cuantos sentimos fervorosa inclinación por la grandiosa y actual escuela francesa.

Somos los bascongados más que meros admiradores de Francia; somos mucho más que cuanto pudiéramos expresar en el transcurso de dilatados párrafos, porque más bien que en períodos retóricos, lo atestiguan con sin igual grandeza el ingente Larhun digno *pendant* de nuestra Peña de Aya; los ritmos de la chirola del pastor de Cambo y de Ezpelette, son las mismas notas que lanza el campesino de estas provincias euskaldunas; y así como en Ciboure y en Urnieta, y en Donibane y en Donostia, y en Guetari y en Oyarzun, las madres acarician en la misma lengua á sus pequeñuelos, y las doncellas en sus amores, el anciano espira allí como aquí bendiciendo patriarcalmente á todos los suyos; por eso, cuando existen vínculos semejantes, esos

pueblos, no son dos pueblos, son verdaderos hermanos, y como á recibir á tales hemos acudido al salón de «Bellas Artes», ávidos á la vez de presenciar esa exposición de la pintura francesa, vivo resplandor de una nación culta, grande y próspera.

No solamente á una crónica sino á escribir un libro da lugar la impresión magnífica que hemos experimentado en el salón Wagner de la aristocrática sociedad donostiarra.

De mí sé decir que las visitas realizadas á la exposición han sido días grandes, de gala, y que no se han de borrar de mi mente, porque entiendo que San Sebastián jamás ha presenciado manifestación artística de importancia tan valiosa en la sección de pintura.

Los pobres aficionados, como el que suscribe estas líneas, lo primero que lanzan en el salón, sin poderse contener, es aquello de *va-len muchísimo! estudian! estudian! estudian!*

Diversos procedimientos presentan los cincuenta y tantos cuadros de que se compone tan distinguida colección: pluma, acuarela, pluma iluminada, pastel, carbón, sepia, óleo, tinta y lápiz.

Hábilmente repartidos por el local y presentando un golpe de vista elegantísimo se admiran los hermosos dibujos, así por su conjunto general como por los detalles y notas que cada autor ha impreso á sus producciones.

Lleno de atractivos interesantes, en unos sorprende la pureza de líneas, los efectos de luz magistralmente contrapuestos, el dibujo correcto ejecutado en su grado sumo; en otros el rasgo vigoroso que denota el arranque de la inspiración creadora del artista de primer orden; allí el toque distinguido y espontáneo de la diminuta acuarela; aquí la caricia, el mimo y amor del finísimo pincel que impulsado por mano angelical trasladó á su estudio toda la frescura y aroma del manojo de flores que le sirvió de modelo; en un lado figuras enteras dibujadas con arrogancia y que, ya la mano, ó el pie, ó el brazo, ó el torso ó un fragmento cualquiera, constituyen trozos de la más depurada escuela clásica: volvemos la vista á otro testero y nos sorprende el «Paje» de Guiraud, más allá el «Estudio» de Cagniard, aquí las «Flores del proscrito» de Lami, el precioso «Bouquet» de Mlle. Mery, el «Puente Marié» de Guillemet, la expresiva y sentida «Flor de Francia» de Madeleine Lemaire, y colocados á diestra y siniestra se ven á Grolleron, á Henry, á Keyder, á Morlon, á Poilfort, etc., etc., armonizando en perfecta consonancia con las obras del gran escultor Mr. Pallez y demás recuerdos expuestos.

La lámina alegórica de Merson, titulada «La justicia asesinada», está soberbiamente concebida, muestra evidente de un genio cual es el autor de esa apoteosis trágica, hecha con una sublimidad incomparable.

El dibujo al lápiz de Rondel, que es una figura de mujer, representa un efecto maravilloso; la cabeza es un acabadísimo modelo de ejecución, y únicamente puede colocar de la manera en que se halla el perfil y el cabello todo, el impulso de su autor que siente el arte como en su trabajo lo manifiesta, con grandeza arrebatadora.

Si hubiéramos podido alegar ignorancia en lo tocante á lo que nos obliga el séptimo mandamiento, nos embolsamos esta joya del lapiz de Rondel.

Vamos á él, ante el humorista filósofo Caran D'Ache: el mismo de siempre, tan filósofo y tan humorista.

La caricatura en Francia ha tenido en todos tiempos excepcional importancia, dando al público composiciones cada vez más chistosas y llenas de sal ática, dibujantes ingeniosos y reputados como Nadar, Daumier, Grevin, Bertall, Cham, Gavarni, Gryp y el continuador de estos el universalmente célebre Caran D'Ache.

El original que acabamos de saborear del caricaturista francés, como suyo del todo, es de los que hay que disfrutar en verano, pues en los rigores del invierno, hay que temer por aquello de:

«No me jaga usté reir  
Que tengo el labio *partío*».

Las producciones de Caran D'Ache son solicitadas en todo el mundo y tanto en América como en Europa, como quien dice, de la noche á la mañana, se hicieron popularísimas, entre otras muchas, sus tan celebradas «Herencia del tío» y «La orden del día».

Ahí está el gran Carolus Duran: nos muestra un estudio de mujer, un *esquisse* como dicen los franceses, que equivale á un pensamiento profundo expuesto en un dístico.

Duran es uno de los pintores que más conocemos los españoles. Diferentes períodos ha residido en España y es uno de los extranjeros que mejor y más han estudiado á nuestro gran Velazquez.

Carolus Duran muestra la influencia de sus estudios realizados en el autor de «Las Hilanderas» en su «San Francisco» que pintó allá por los años 1868.

El trabajo más notable (todos son superiores) de este célebre pin-

tor francés, es el retrato de madame Vandal, cuya obra le ha valido á Duran seis primeras medallas y los mayores honores que Francia adjudica á sus hijos ilustres.

Gerome, el insigne Gerome, el discípulo que fué en su principio de Paul Delaroche, lo tenemos también en Bellas Artes. Ha mandado un desnudo que nadie más que él como autor de «El Prisionero», y de «La Conversión de San Jerónimo», y de «La peste en Marsella» y de otras cien obras más que ha producido su esclarecido talento, puede firmar el trabajo al lápiz, con que ha obsequiado á su amigo, el nacionalista expatriado.

Como nota oportuna, hemos de recordar gustosos el «Jerusalén», de Gerome, obra espiritual y original. Los judíos van asistiendo al suplicio de Jesús; soldados, verdugos y espectadores descienden de la pendiente del Gólgota. Subyuga y fascina el efecto sorprendente que Gerome en esta obra colosal consigue con las tres sombras, las sombras de las tres cruces que se proyectan en el primer plano.

En fin, todo ello, la colección de cuadros, de la que no hemos hecho más que un escueto bosquejo, por su variación y por sus distintas tendencias y estilos es interesantísima.

Además, hay motivos poderosos para que saludemos con todos los respetos que por derecho les corresponden á esa brillante pléyade de individuos pertenecientes á la pintura francesa, porque España guarda agradecimiento imperecedero hácia varios miembros que dan esplendor á la exposición del salón Wagner.

Cuando las desgracias acaecidas á consecuencia de las inundaciones de Murcia, la Francia, siempre generosa y noble, ofreció para alivio de la pobre España, una joya literario-artística con el título «París-Murcia», y entre sus expresivas páginas, al pie de obras de gran valor, leemos los nombres de Gerome, de Derouledé, de Carolus Duran y otros.

Agradecemos, pues, á Mr. Derouledé, y le felicitamos por el honoroso obsequio que sus paisanos acaban de dedicarle, quien ha tenido la galantería de que esta ciudad pueda admirar tan grata muestra de la pintura contemporánea francesa.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

